

ACADEMIA COLOMBIANA

RECEPCION DEL SEÑOR

D. ALFONSO ROBLEDO

EL DIA 23 DE JUNIO DE 1934

EN EL SALON DE ACTOS DE LA

UNIVERSIDAD JAVERIANA



CONTESTACION DEL SEÑOR

D. EDUARDO ZULETA

Editorial A B C
Bogotá

ACADEMIA COLOMBIANA

RECEPCION DEL SEÑOR

D. ALFONSO ROBLEDO

EL DIA 23 DE JUNIO DE 1934

EN EL SALON DE ACTOS DE LA

UNIVERSIDAD JAVERIANA



CONTESTACION DEL SEÑOR

D. EDUARDO ZULETA

**Editorial A B C
Bogotá**

ACTA DE LA JUNTA PUBLICA DE
5 DE MAYO DE 1934.

La adversa fortuna que acompañó a nuestra Academia desde que languideciera en 1912 hasta resurgir con desvelados bríos mediado el año último, se interpuso entre la silla que ocuparon don Santiago Pérez y don Carlos Arturo Torres, y la castiza y fuerte ancianidad de don Diego Mendoza, elegido de largo atrás por vosotros para ocuparla. Ello nos privó de enaltecer aún más, con ese honrado nombre, la prócer lista de escritores que a nuestra zaga enriquecen el acervo de la Academia, por igual que la literatura colombiana.

Aplicado el señor Mendoza desde sus años jóvenes a la guía y consejo de multitudes, su patriotismo ha reverdecido en la prole intelectual encaminada por él en las aulas del Colegio de su país nativo, en las de la Universidad Republicana y en el Externado de Derecho. Gestor de los intereses de la República en la hacienda, de su decoro en Washington, de su justicia en la magistratura, de las ideas en la cátedra y en el periódico a que trazaron semblante las plumas de los Pérez, don Diego fue un espléndido renuevo de ese tronco de patricios, de maestros y de pensadores. Diéronle asiento las corporaciones de jurisprudencia y las de historia de Bogotá y de Madrid y la Sociedad de Ciencias Naturales de esa villa recientemente republicana; nuestra Academia, ya que no le hubo en los del número de los suyos, dispuso que a lo menos su nombre figurase en la nómina de la silla que se le había brindado y que, muerto don Diego, vino a ocupar en su reemplazo el señor don Raimundo Rivas, la noche del 5 de mayo anterior.

colombianos, y respecto de las cuales hizo acá el señor Torres el papel de esos guaqueros que —decíase— adivinaban los entierros de oro por medio de una vara dotada de la virtud de señalarlos.

Púsole luégo de manifiesto como sociólogo en quien se aunaron la ponderación y la claridad de pensamiento para mirar a los hechos pasados con la fe en el porvenir de la sociología, ciencia para Torres destinada a rayar a la larga con las propias matemáticas en punto a exactitud. Enamorado de la democracia, pensaba con Spencer que así que prospere el conglomerado social ha de ir mermando la autoridad y han de recibir las libertades aliento; pero sin que ello le impidiese condenar las revoluciones ni afirmarse en que toda cultura de ley ha de tener cimiento en la tradición. Obrando concordemente con tales doctrinas, Torres supo enfrentarse a la opinión de los más cuando la consideró equivocada, pues para él no fue voz de Dios la del pueblo, comoquiera que no dejó caer de la memoria la sentencia de Taine: “Diez millones de ignorancias no hacen un solo saber”.

Por último el señor Rivas rememoró los dos grandes diarios de Torres: “La Crónica” y “El Nuevo Tiempo”, y los cinco volúmenes impresos en Europa por el mismo Torres y en que bogan Tiempo arriba sus ideas y emociones.

Premiada la oración del recipiendario con largo aplauso, tomó la palabra su padrino, el señor Gómez Restrepo, quien con sorprendente frescura y elegancia sacó a luz los aciertos del señor Rivas en los campos de la historia y el derecho de gentes, y su espíritu de investigación. Hizo el elogio de los libros que aquél lleva publicados, señaladamente del que evoca la sombra ilustre de don Pedro Fernández Madrid, de ese otro de Genealogías de Santafé, escrito en colaboración con don José María Restrepo Sáenz, y del magno trabajo relativo a los fundadores de Bogotá, laureado por la Academia de la Historia de Madrid con el premio de la Raza, en 1927. Cuanto a los ensayos de Rivas, Gómez Restrepo hizo memoria especial de los intitulados “Los amores de Solís”, “La encomendera de Bogotá”, “Una misión histórica” y “Consideraciones sobre la Historia Nacional”.

Patentizó en seguida la afinidades ideológicas entre el señor Rivas y su antecesor en la Academia, don Carlos Arturo Torres, a quien también tocó a Gómez Restrepo recibir y a cuya excelsa figura de patricio y de pensador dedicó justas y atinadas observaciones, para rematar, a fuer de poeta, con un inspiradísimo elogio de la poesía.

Concluyó la junta cuando en las torres de las iglesias alledañas tañían las campanas la media noche.

El Director, MIGUEL ABADIA MENDEZ

DANIEL SAMPER ORTEGA, Subsecretario.

DISCURSO DE RECEPCION DE DON ALFONSO ROBLEDO EN LA ACADEMIA COLOMBIANA

Aún recuerdo la viva emoción con que un día, en el silencio de mi provincia, leí la galante comunicación en que la Academia Colombiana me participaba haber sido honrado con el título de Miembro correspondiente, tras la publicación de mi primer trabajo literario. Sentí entonces que repicaban en mi alma las campanas de la alegría; no acertaba con la manera de expresar mi gratitud por aquel honor inmerecido, que aprecian más los que trabajan sin estímulo, y apenas podía creer que se me concediese la más alta distinción a que se puede aspirar en la república de las letras.

Presentado por Rafael María Carrasquilla y Antonio Gómez Restrepo, aquel día comenzaron para mí dos bellas amistades: la del ilustre sacerdote que ha dejado en este Instituto una huella perdurable, y asimismo, la del eminente escritor a quien me ha unido un afecto tan hondo, que a veces me parece de hermano más que de amigo. Y hoy, para más gentileza vuestra y confusión mía, me habéis doblado aquel honor, llamándome a una de las sillas que ocuparon ayer clarísimos varones, verdaderos inmortales, y donde hoy se sientan hombres eminentes, a quienes en este brioso despertar de la Academia, preside el humanista insigne que tuvo ayer en sus manos el timón de la República. Loda sea vuestra indulgencia.

Dos momentos solemnes de mi vida ha presidido esta ciudad hidalga: el presente, que se me hace más conmovedor por la feliz circunstancia de estar hablando en este claustro sagrado, que me recuerda el claustro hermano de Medellín, donde el actual Rector de San Bartolomé fue mi condiscípulo, donde ambos aprendimos de un mismo Maestro las primeras lecciones de Retórica, rodeados de com-

pañeros que creo son estos jóvenes que aquí miro, radiantes sus pupilas, como las nuestras entonces, de ambición y de esperanza; y otro momento inolvidable, cuyo recuerdo aviva mi gratitud profunda. Bogotá me hizo ayer, en horas de peligro, depositario de su confianza y guardián de sus destinos; ella puso mi nombre en candelero, y honrando a un humilde hijo de provincia, quiso mostrar que se ha fundado con tierra de todos los pueblos, como la antigua Roma. De egoísta puede calificarla neciamente sólo quien no la haya vivido en su ilimitada gentileza, en la bella caridad que saben llevar dondequiera nuestros apóstoles y nuestras damas, como un perfume de sus creencias santas. Si a Bogotá se ha ofendido en nombre de la provincia, a los hijos de provincia, honrados por ella, corresponde el desagravio. Yo quiero en esta ocasión, poniendo el alma en los labios, decir aquí todo mi reconocimiento hacia esta ciudad hospitalaria, que tiene para todo talento una palma; para todo esfuerzo, un estímulo; para toda angustia, un consuelo, y para toda tumba, una flor.

Me habéis honrado con la silla destinada a don Gabriel Rosas, quien no llegó a ocuparla, pues cuando a ello se disponía, la muerte hubo de cortarle su camino, en plena madurez de sus facultades, cuando la experiencia de sus viajes y un gran acopio de investigaciones parecían anunciar la obra definitiva del filósofo insigne. Polígrafo, juriscónsul, pensador, todas las zonas de su actividad supo iluminarlas con su poderoso talento. Bastarían sus estudios sobre Leibnitz, publicados en la Revista Colombiana, para acreditarle de pensador profundo y de escritor correctísimo. Pero quizá lo más admirable de mi ilustre antecesor, fue su gran carácter, puesto a prueba en ocasión harto conocida. Desviado de sus creencias católicas en los años de juventud, anduvo sin brújula por mucho tiempo, con la inquietud propia de los que sufren esas crisis terribles de la conciencia, hasta que un día sintió en el alma de nuevo la visita de Dios. Las vayas de sus amigos no fueron poderosas a impedir que rectificase sus errores, que proclamase sus creencias, con orgullo, con valor, con la alegría del que perdido en espesa montaña, de improviso mira tras el follaje una franja de luz. Con respeto rindo el homenaje de mi admiración al insigne colega.

Laudable costumbre de la Academia Colombiana ha sido acoger en su seno a hombres que sobresalen en las diversas profesiones y disciplinas, pues para la obra que ella realiza, tan necesario es el concurso de abogados y periodistas, como el de gramáticos y filólogos. Miembro suyo fue Luis Eduardo Villegas, eminente abogado, comentar del Quijote, que en sus oraciones forenses, de una corrección admirable, hacía lucir con donosura toda la opulencia del idioma; miembro de honor, el único, es José Ignacio Escobar, escogido por acuerdo reciente para poner el Instituto a la sombra de su nombre excelso, verdadero sacerdote de la justicia, escritor que ostenta en su estilo igual limpieza que en su vida, anciano venerable que en su retiro silencioso, como queriendo anticiparnos el dolor de su partida, váse apagando lentamente, como un sol, en un crepúsculo glorioso. Y si es grande el beneficio que de su cooperación deriva la Academia, no es menos el que ellos reciben con el cabal conocimiento del idioma: el abogado, porque más de una vez una litis jurídica se resuelve con la exacta interpretación de una palabra; el diplomático, porque a menudo el término preciso en la celebración de un acuerdo, evita posteriores dificultades, en ocasiones de incalculable trascendencia; el periodista, por la elemental obligación en que está de expresar correctamente sus ideas, ya que ninguna profesión influye tanto sobre el lenguaje como el periodismo. Tocante a esta influencia quiero hablaros.

Hay en las sociedades modernas un hombre que goza de privilegios y favores a pocos concedidos: habla, y todos le escuchan; juzga, y todos le temen; escribe, y todos le respetan. El tiene el instinto del peligro, y sabe descubrir en el horizonte la nube que ha de traer los huracanes; él oye, antes que ninguno, los primeros rumores que anuncian una profunda transformación social; él, desde su gabinete, dirige la ola movible de la opinión pública. Anheloso de que la sociedad progrese, él la educa; fiscal de los Gobiernos, a veces los aplaude y a veces los derriba. Para impulsar el progreso, allí está él; para estimular el mérito o condenar el vicio, allí está él; para cazar la noticia rápida, allí está él. Cuando a otros se cierra la puerta, a él se le abre; cuando en otros la curiosidad se reprueba, en él se

perdona. Donde haya combate, donde haya ruido, donde haya ocasión para la frase lisonjera o mordicante, allí está ese hombre que se multiplica, que no se da tregua, que a cada paso tiene en peligro su honra y hasta su vida. Ese hombre es el periodista, el verdadero periodista.

Tan necesario ha llegado a ser el periódico, que sin él no podría concebirse la hora actual del progreso. La inquietud de la vida moderna hace que reclamemos cada día con impaciencia este alimento espiritual, este veneno sutilísimo que necesitamos como capital de emoción para la obra del esfuerzo diario. En la vida de afán y de trabajo puede uno prescindir del libro; mas no de su periódico predilecto. Para leerlo, no han de faltarle los minutos que roba al sueño o a la faena. Con el anuncio, guía para el pobre; con las fluctuaciones del mercado, auxiliar para el comerciante; con el editorial sereno, orientación para el político; con el bello estilo, placer para el literato. A todos sirve, a todos alcanza su influencia. Pero este mismo favor que el público dispensa al periodista, hace que hoy sean mayores las responsabilidades de quien desempeña este magisterio augusta.

A más de cultura, veracidad y tacto, hay derecho de exigir al periodista el conocimiento del propio idioma, a fin de que todo lo exprese en correcta forma literaria, no sólo para que sea su publicación bien acogida, sino como un homenaje de respeto a los lectores. Ni se crea que es legítima excusa el decir que en esta faena hay que andar de prisa, lo cual impide atender al buen estilo. Publicaciones hemos tenido, y tenemos actualmente, que no descuidan la bella forma, y son ellas las que en mucha parte han hecho que se considere a Colombia como uno de los países donde mejor se habla y se escribe la lengua de Cervantes. Pero duele confesar que en los últimos años ha venido muy a menos el culto al buen decir, ya por prurito de originalidad, ya por desconocer la influencia que tiene el periodismo sobre el lenguaje. Sábese que la prensa periódica enriquece cada día el vocabulario común, dado que allí, en ese campo de pasiones y de ideas, en esa lucha constante entre lo que nace y lo que muere, aparecen los neologismos para abrir cauce al progreso de las ciencias, a las nuevas maneras de pensar y de sentir. El periódico resucita pala-

bras del lenguaje popular, hace la presentación de voces nuevas que imponen los adelantos recientes, y a la larga consigue para muchas palabras carta de ciudadanía en el diccionario. Pero es aquí precisamente donde el periodista ha menester un profundo conocimiento del idioma, pues acontece que empleamos muchas veces palabras incorrectas, o al menos innecesarias, por no conocer otras más expresivas y más bien formadas de nuestra lengua, que el mismo significado traducen con ventaja.

Ardua tarea sería enumerar las muchas voces incorrectas que nos ofrece la prensa diaria. Propónese la Academia llevar a cabo tal estudio. Entretanto, quiero señalar unas pocas que van siendo de uso frecuente, las cuales en un bello escrito, y empleadas por un autor notable, a tal punto ofenden el oído, que está úno tentado a suspender la lectura para tomar aliento. Y hago esto con timidez, ya que palabras que hoy censuro pueden ser mañana aceptadas por la Academia, a fuerza de ser corrientes en el lenguaje internacional. ¿No ha sido admitido, a lo que parece, el término "divisa"? Acaso "bluff", "gaffe", "standard" hayan de tener igual éxito. No obstante, creo que un escritor de gusto las omitirá siempre, mientras haya otras más sencillas, más castizas, que expresen la misma idea.

"Homenajear" es término impropio cuando tenemos "honrar", "festejar", o haciendo un rodeo elegante, "rendir homenaje". Mejor que "relievar", palabra novísima, está nuestro habitual giro "poner de relieve", "poner de resalto", "mostrar". "Sancionar" por "castigar" es incorrecto: se "sanciona una ley", se "castiga" un delito. En vez de "constatar" y "presupuestar", es preferible "comprobar" y "presuponer". Ni "finanzas", ni "financista", son palabras que haya admitido el diccionario, pero por ser tan usuales y estar ya reconocida la palabra "financiero", parecen llamadas a imponerse. El mejor escrito pierde gran parte de su belleza cuando hablando de un negocio se dice "financiarlo", o de un precio "standard". En tal caso un escritor atildado prefiere expresar con elegancia ese concepto con dos o tres palabras de buena cepa castiza. ¿No sería mejor "visita" que "jira", como a diario decimos, y que originariamente es comida campestre?

Pero todo esto lo perdonaría yo con tal de que no se dijese: "visité" Nueva York, "conocí" Washington. Hoy, más que nunca, se hace gala de omitir la preposición, lo que es falta imperdonable, y en cambio se pone donde no debe estar, como en "a mérito de", "a virtud de", "a objeto de". Censuro estos errores por creer que deslustran la genuina expresión castiza; mas no se crea que rechazo el neologismo necesario, la palabra nueva y expresiva que muchas veces suministra el lenguaje popular. Sólo merced a esta prudente renovación dialéctica logran mantener las lenguas movimiento y vida. Cuando, no hace muchos días, hubo una interesante discusión entre un periodista y un gramático acerca de la palabra "guachafita", yo estuve al lado del periodista. La creo mejor que "zafacoca", "sanquintín" o "pelotera". Es algo muy expresivo y muy nuestro, que pide lugar en el diccionario.

El buen escritor es exigente. No gusta de la palabra fácil e incolora que brota sin esfuerzo, sino que la prefiere como premio de una lucha silenciosa contra la frase rebelde, ansioso de expresarse en forma original y bella. Nunca satisfecho de lo que escribe, busca la originalidad, pero respetando la materia con que trabaja y las normas seculares que prescribe la lengua. Y sabe hallarla en dos preciosas fuentes: ora en el común lenguaje del pueblo, que conserva palabras de agradable sabor castizo, o formadas conforme a su sabio instinto; ora descubriendo con discreción, sin artificio ni amaneramiento, bellas formas, locuciones expresivas, que emplearon los clásicos y para muchos tan desconocidas como las de un extraño idioma. Mas no es ésa la originalidad que buscan aquellos que, al escribir, se pieren por mostrarse superiores a lo que ellos llaman "tiquismiquis" de la Gramática.

Dado que a los periodistas anima el deseo de trabajar por la pureza de la lengua, fácil sería establecer una amistosa cooperación entre ellos y la Academia, a fin de prestarse mutua ayuda en una obra que es manifestación del más levantado patriotismo. Bien podría el periodista, cada vez que ocurra el asalto de una palabra nueva, llevarla al Instituto como tema de investigación y estudio. Y ello no por ser sus miembros más doctos, sino porque haciendo parte de una Corporación que tiene este especial encargo,

puede consagrarse al estudio de esa palabra, para ella quizá tan oscura como para el periodista. Un aplauso merece el notable literato que, escondido en el nombre de "Don Luis de Obando", hace cada día en "El Espectador" importantes observaciones sobre giros incorrectos, y que ha logrado, sin quererlo, fundar en esa sección un tribunal del buen decir.

Empero, a fin de que sea posible tal acuerdo, conviene corregir de antemano el errado concepto que acerca de la Academia tienen los que no conocen su organización íntima. Créese generalmente que es un Cuerpo donde sus miembros, hartos pagados de tan honroso título, dogmatizan con presunción y trabajan con jactancia. Nada más distante de la realidad. Meros aficionados a los asuntos del lenguaje, proceden en sus investigaciones con el encogimiento, la timidez y la desconfianza de un estudiante. Con humildad, con desinterés, cumplen la tarea, lamentando sólo que otros hombres, quizá más competentes, no puedan, por especiales condiciones de organización, ser sus compañeros en el Instituto. Sería de verlos en su tarea, consultar autores, abrir libros, a la husma de una palabra cuyo origen se ignora, y tras todo esto, mostrarse desconfiados en su fallo y cautos en su juicio. Pero hay algo que los mantiene animados y tesoneros en su obra, cuyo beneficio aún no se aprecia: la consideración de que es noble y patriótico su empeño; el deseo de auparse con el estímulo a los cultivadores de la lengua.

La causa de que se atienda hoy tan poco al bello estilo, débese sin duda al descuido de las humanidades, no menos que al escaso interés que prestamos a la lectura de los clásicos. Consideran muchos que los buenos escritores del siglo de oro sólo pueden enseñarnos giros raros y locuciones ya manidas. No advierten dónde está el beneficio de tal lectura. Quien ha bebido en estas fuentes durante los primeros años, formará su estilo con un sello especial e inconfundible. La sencillez, la precisión de las palabras, la música del ritmo, la graduación del período, la propiedad del epíteto, todo esto aprende quien está familiarizado con los autores clásicos. Leed cualquier ensayo, y a las pocas líneas sabréis si quien lo escribe es un humanista, o simplemente un hombre, inteligente quizá, que ha forma-

do su estilo en lecturas desordenadas, sin solidez ninguna. Tan importantes son estas disciplinas, que influyen no sólo sobre la manera de pensar, sino sobre la misma cultura del lenguaje, dado que la palabra plebeya o el insulto procaz suelen andar reñidos con la belleza.

Todo lo grande y glorioso de que nuestro país se ufana nos lo ha dado la escuela de las humanidades. Ella educó nuestros libertadores, no sólo para el heroísmo, sino para la bella dicción que supo emplear Camilo Torres en su famoso "Memorial de Agravios"; de allí salieron más tarde Rufino Cuervo y Miguel Antonio Caro, preparados para escribir obras inmortales, que llevaron muy lejos el nombre de la República, en épocas de escasa industria, cuando sin estos pregoneros habría permanecido ignorada. Y estas severas disciplinas, a las cuales tanto debe nuestro país, son las que hoy menospreciamos. ¿Será esto progreso o decadencia?

Quienes andan empeñados en desdeñar la forma con achaque de que lo importante es la idea, olvidan que para este mismo propósito conviene presentarla bien ataviada, si se quiere que ella interese y ahonde más el surco. Las ideas cambian, sólo la bella forma permanece. Cuando parezcan sin importancia los temas tratados en su obra "Sueños" por don Marco Fidel Suárez, y fútiles los motivos que tuvo para escribirla, el libro admirable será leído con el mismo agrado, para saborear su bello estilo, para seguir viviendo los buenos tiempos de la lengua, prolongada en ese monumento, de igual manera que la concha marina continúa repitiéndonos al oído el sonoro rumor de los océanos.

Hay que volver los ojos al lenguaje del pueblo, que es en estas materias el árbitro supremo. Es como la fuerza de atracción que mantiene en su punto el impetuoso movimiento del idioma. Cuando un problema lingüístico se complica, el pueblo lo resuelve; cuando ocurren dudas acerca de una palabra, el pueblo las aclara; cuando el ansia de novedad, como acontece hoy, comienza a corromper el lenguaje, al pueblo hay que acudir para que corrija. ¡Y qué reservas de vigor y de belleza las que ha guardado en sus arcas el habla popular! Descubrir las, ponerlas delante de quienes hallan pobre nuestra lengua, es tarea que quieren

realizar las Academias de América, a fin de que tornando a la primera fuente, que para todos nuestros pueblos fue el lenguaje de la conquista, se logre una relativa uniformidad, ya que somos raíces, más o menos apartadas, pero nacidas de un mismo tronco y que chupamos la savia de un mismo suelo. Todo esfuerzo por acercarnos al primer lenguaje de ese pueblo, a la vez que beneficio para el idioma, lo será también para la fraternidad americana.

“Nuestros clásicos, dice un autor notable, fueron modelos de lenguaje castizo, por haber sabido diestramente traer a la literatura el riquísimo y nunca agotado caudal del habla del pueblo español, de aquel pueblo que pasó a América con su habla pintoresca de Castilla; y por haber tenido habilidad para formar derivados y compuestos lindos y expresivos conforme al ingenio del mismo idioma y al buen humor y poético natural de la raza. El que quiera engalanar su pluma con bizarría verdaderamente castiza, no tiene que andarse mendigando términos desusados del francés o del latín: los hallará a manos llenas en nuestros clásicos y entre las gentes del campo y de las aldeas”.

Al buen gusto del escritor se dejan muchas cosas que no se aprenden, sino que por instinto se adivinan. Cuando hay dos palabras igualmente correctas que expresan una misma idea, él escoge la más natural y sencilla. Dirá “callar” en vez de “silenciar”; “chupar” o “absorber” antes que “succionar”; “estrenar”, no “debutar”. Esquivará las palabras demasiado largas que dan al traste con el más bello escrito. Conocedor de la sinonimia castellana, que es una riquísima cantera de nuestro idioma, sabrá apreciar la sutil diferencia que distingue dos palabras que indistintamente se usan. Veamos el caso en las dos voces sinónimas “acabar” y “concluir”. Esta última tiene mayor extensión que la primera, la cual parece referirse a operaciones de corta duración. Quien escribe un libro, puede decir al terminar la tarea diaria que ha “acabado” la labor de ese día; pero sólo cuando escribe la última página puede decir que lo ha “concluido”. Entonces no es “acabado”. Este buen gusto lo adquiere, sin saberlo, quien ha leído con atención los escritores clásicos.

Comienza a advertirse en la nueva generación colombiana una tendencia que, para honor de la juventud y bien

del país, debe ser corregida. No pocos jóvenes, así en política como en literatura, han querido establecer cierta pugna con los servidores que vienen un poco atrás y van rindiendo su jornada. Pareceles que es señal de independencia sentirse sin vínculos con el pasado y hacer mofa de lo que en todo tiempo mereció respeto. Cimentada sobre una tradición de siglos nuestra lengua, algunos de buen grado la desecharían para fundarse la suya propia. Impacientes, quieren obrar como si el mundo comenzase ahora, olvidando que en el ayer hundieron siempre sus raíces todos los grandes pueblos. Ese vínculo es la Patria.

Quien por primera vez visita los países de estaciones fijas, no vuelve de su sorpresa cuando le dicen que aún tienen vida esos árboles entumecidos cuyo follaje robó el glacial viento del invierno. Los que a tal espectáculo están acostumbrados, todo lo preparan entonces para esperar las abundantes cosechas. Tal pienso yo. No miro a los que se van, sino a los que vienen; no miro la muerte, sino la vida; no pienso en el invierno que enfría los corazones, sino en una alegre primavera, más hermosa cuanto más duró el sueño de la savia, en un despertar de la juventud, preparada por una sólida educación, para dar gloriosos días a la patria. Venga ella, enhorabuena. Para los que van doblando el cabo de la vida, nada hay tan satisfactorio como verse reemplazados con ventaja. Pero que venga respetuosa, después de tocarse la visera ante la vieja guardia que para ella ha defendido todos los reductos intelectuales; que venga agradecida de aquellos que aun pueden ofrecerle un poco de luz en su camino; que venga entusiasmada por un grande ideal. ¡El ideal! Aquello que colora esta fugaz burbuja de la vida el breve tiempo que sobre la tierra dura; aquello que es fuerza en los hombres y en los pueblos; aquello que sobre un grosero materialismo nos levanta a la cumbre de los verdaderos valores, uno de los cuales es la lengua.

Cuando se piensa en lo que significa ese don divino de la palabra, en el camino misterioso que ella hace desde que es concebida hasta que florece en los labios, después de mojarse en sangre del corazón y desgarrar el alma, comprende uno que debería pronunciarla con un temblor sagrado, cuidar como un tesoro eso impalpable y fugaz

que sólo una vez pasa delante, como la onda de un río, que no hemos de ver más, y no sabemos el punto lejano en que dejará su limo fecundante. Si hay algo en que pueda sentirse a Dios, es en la palabra humana. Santa como es en toda lengua, lo es más en aquella que nos tocó en herencia.

Y cuán bella es la nuestra, ¡oh jóvenes!, dije en otra ocasión, cuando se muerde, no el huesco duro de la gramática, sino la carne sabrosa y blanda de la lengua viva. Bella en el "Poema del Cid", que después de la "Iliada", según Hegel, es el mejor poema; bella en "Las Partidas", libro que alguno llamó "la tesorería mayor de la lengua castellana"; bella, inimitable, en Cervantes. Para ponerse al servicio de la ciencia, se adelgaza; para la novela y el teatro, se ensancha; para la mística, se enciende; para la poesía, se abrillanta; para la picaresca, tórnase ágil y juguetona. "Cuanto más se estudia, más da que estudiar; y cuanto más se profundiza, más tesoros descubre", dice Capmany. Nunca se encarecerá bastante la riqueza de su sinonimia, la sonoridad de sus períodos, la elocuencia de sus refranes, la agilidad de sus movimientos, aquel menearse aquí con los temas ligeros, y levantarse allá con vuelo aquilino a las regiones ideales, siempre dúctil, siempre sonora, siempre majestuosa. Ya que han de usarla hombres, habiendo nacido para dioses, que ella conserve su pureza, que sepamos defenderla los que creemos que a su patria no ama quien no ama su lengua. Como del francés decía Renán, digo yo de nuestro idioma: "Faltaría algo esencial al mundo el día que dejará de brillar esta antorcha clara y centellante".

CONTESTACION DE DON EDUARDO ZULETA

Señor Presidente, señoras y señores, señor:

La Academia de la Lengua os discernió el título de individuo correspondiente cuando apareció vuestro estudio sobre "Don Miguel Antonio Caro y su obra". Hoy os llama a ocupar el puesto de individuo de número, cuando nuevas labores literarias y otras condiciones de carácter patriótico, han agregado más méritos a vuestro nombre y ocuparéis la silla que ocupó el docto filósofo don Gabriel Rosas, de grato recuerdo en esta casa.

Estudiasteis al señor Caro como periodista, como filólogos, como crítico, político y poeta. Acababais de salir de los claustros del colegio en donde habíais recibido de sabios maestros una educación clásica, que os permitió el acometer tan ardua labor, porque fueron tan múltiples y tan grandes las manifestaciones intelectuales del hijo de José. Eusebio Caro, que mientras más se penetra en esa vida más inexplicable se la encuentra; ¿cómo es posible comprender que un hombre que apenas si pasó por un colegio de educación secundaria, llegara a ser maestro en ciencias políticas, en jurisprudencia, en filología y en crítica literaria e histórica? ¿Quién a su edad pudo traducir a Virgilio y escribir la Sintaxis de la Gramática latina? Abarcar la obra de esa inteligencia extraordinaria daría lugar para escribir muchos libros. Y con todo, el vuestro es digno del mayor elogio.

Comenzando por el estilo, limpio y sonoro, castigado sin excesos, con la elocuencia natural de la verdad y de esa otra, honda pero trasparente, que inspiran la admiración y el cariño. Sin que sea cierto en absoluto todo lo que se ha dicho sobre el estilo y el hombre, debe haber en éste como en la grafología misma, un fondo de verdad indiscutible. No hay en vuestro libro una sola salida de tono ni

una frase inculta, ni nada que no sea absolutamente elevado y noble. La exposición tranquila de los conceptos, es como la onda serena de algunos ríos que no dejan sospechar el caudal de sus aguas. Habláis de los estudios clásicos con entusiasmo, y parecéis poco inclinado a los prácticos. Perdonad que os diga que en éste, como en muchos asuntos que discute la humanidad, no hay en el fondo sino una diversidad de temperamentos. Tan útiles y tan aplicables son los estudios clásicos como los prácticos, pues haciendo a un lado las excepciones, hay hombres que serán siempre eruditos ideólogos, literatos y poetas, aun en medio de burguesías mercantiles; y hombres que nacieron para administradores, para la práctica de la vida, para los presupuestos equilibrados, con hipertrofia manifiesta en el centro cerebral de la adquisividad, aun en medios puramente atenienses. De aquí el que todo plan de estudios que esté sujeto a una sola tendencia tiene que ser defectuoso. Si no se consultan en él las diversas aptitudes de los seres humanos, los resultados serán deficientes y aun estériles. Raros son los casos como el vuestro: hombre de bellas letras y **de letras a la vista.**

Anotáis que al señor Caro le faltaban algunas dotes políticas, como la flexibilidad y ciertas condiciones que sólo se adquieren en el contacto con los hombres y con la vida, y agregáis que el señor Caro no viajó y creéis en la importancia de los viajes. En términos generales, quizá esto sea cierto; pero tomando lo que encuentro más a la mano, recordad que Pedro Justo Berrío y Marceliano Vélez no salieron de su tierra ni tuvieron gran flexibilidad, y ambos han pasado a la historia como modelo de gobernantes.

Lo que pasó en el gobierno del señor Caro, a mi modo de ver, fue que tuvo que gobernar un pueblo heterogéneo cuando aún no había el intercambio social, intelectual y comercial que han traído las vías de comunicación, y a pesar del Estatuto unitario de nuestro país, todavía se observan tendencias muy variadas y complejas en las diversas provincias.

Muy al contrario de lo que algunos han creído, el señor Caro tenía un gran conocimiento de los hombres, y por eso no le sorprendieron nunca ni la ingratitude ni la traición

ni la envidia, ni hizo caso alguno de los que lo insultaban; y si algunas veces dio uno que otro golpe mortal cuando se le atacó, fue a modo de un gesto automático, pues lo frecuente fue oírle decir y repetir en la tormenta política:

Dejémosla pasar como la fiera
corriente del gran Betis cuando airado,
dilata hasta los montes su ribera.

Y muchas veces cruzado de brazos ante las iras y calumnias asumía la impassibilidad estoica y sana de los grandes espíritus. Jamás se exteriorizó en él la recondita célula que pudiera revelar al primitivo ni sufrió de susceptibilidades patológicas. Su espíritu selecto y excesivamente comprensivo andaba por las cumbres y eran pocos los que siquiera podían apreciar la altura de su vuelo; además, la época en que gobernó a Colombia era muy difícil y la lucha eleccionaria que precedió a su elección dejó hondos resentimientos y heridas difíciles de curar. En cuanto a lo de los viajes, también es asunto relativo. Decía Emerson que el viajar era placer de tontos. El gran filósofo americano quizá fue más allá de lo razonable. Creo que tratándose de viajes, lo más prudente, lo que más se presta a serias reflexiones, es aquella sabia máxima que dice: "Adondequiera que vayas, irás contigo".

A gentes superficiales he oído decir que el señor Caro perdió muchas amistades por lo mordaz de su frase; para mí fue más bien un ironista espiritual, un caricaturista de hombres presuntuosos, un fino observador del ridículo. Esa es una crítica delicada que han tenido casi todos los hombres de combate. Que es ésa una cualidad que la mayoría de ciertas colectividades no resisten, es la verdad; pero ¿acaso han podido esas mismas colectividades resistir sin protestas vulgares alguna cualidad superior, aun en los más benévolos de los mortales? Por otra parte, en el señor Caro, como en los de su clase, las frases de crítica personal casi siempre han salido en forma de defensa y no de ataque. Haciendo a un lado la porción humana que pudiéramos llamar puramente vegetativa, quizá no haya exageración al decir que la humanidad es esencialmente crítica. Sólo que en esto hay graduaciones comprendidas desde el

crítico soez y tabernario hasta el sutil, refinado y elegante ironista que posee aquella sabiduría de "la abeja que al defender su miel deja también la punzada de su aguijón". No solamente "no se perdona al que tiene la perspicacia de ver el revés de las ideas", sino que tampoco se perdona al que ve el revés de los hombres.

El señor Caro fue un profesor de verdad y, por dondequiera que su palabra y su pluma pasaban, iba dejando el hondo surco que hiere susceptibilidades, como hiere y corta raíces el arado que penetra la tierra. Y por esa labor al parecer imprudente e ingrata, podía decirse al señor Caro: "Ta peïne et ta fatigue germent en moisson de gloire".

Es bellissimo el trozo del libro sobre "Caro íntimo". Los hombres de combate y de análisis son con frecuencia los más genuinos modelos en el hogar. Conocedores de los hombres, la familia viene a ser el seguro refugio de sus espíritus, porque a la esposa y a los hijos, como a los padres, ni se les analiza ni se les discute. Por encima del cerebro está el amor; ese amor inexplicable, agudo y fino, que viene a ser hasta doloroso por lo intenso.

Por dondequiera que vuelvo a hojear vuestro libro, encuentro apreciaciones muy justas sobre la obra del señor Caro; pero perdonad esta breve nota al margen: el nombre de Cicerón al frente de un libro sobre don Miguel Antonio Caro, no parece muy explicable. Este era un bloque estupendo de sabiduría con facetas simétricas y acordes; el otro, sin dejar de ser un espíritu selecto, no tuvo una dirección fija. No dejo de admirar a Cicerón; pero como asunto de unidad, no debe ir el uno al lado del otro. Caro permaneció fiel hasta los últimos días de su existencia a sus principios religiosos y políticos, y nunca estuvo a merced de los cambios ni de los acontecimientos del pueblo en que vivió. De él podría decirse que murió en pie como el soldado romano en la última noche de Pompeya.

"Pueblo de la dura serviz", dijo alguna vez de Antioquia, como el Señor había dicho del pueblo israelita. Y Antioquia lo envió al Senado de la República en uno de los momentos más críticos que haya atravesado la historia de nuestro país. Fue ése un rasgo de alta valentía política en

el que el pueblo antioqueño alcanzó a ver en el señor Caro al hombre que tenía la misma noción de Patria que tuvieron Bolívar y Sucre, Nariño y Santander.

Fue el último y más resonante triunfo del colombiano ilustre; fue como el más intenso perfume que exhala el fruto maduro de sus células al comenzar la desintegración orgánica. En elegantes y justicieras frases recordáis al orador vigoroso y grandilocuo en esos días memorables en que él ofrendó a la patria todo lo más exquisito de su talento excelso y lo más noble y puro que guardaba en su corazón de colombiano. Defendió el honor, la integridad de la patria querida, que él adoró en "silencio mudo"; por la que gozó y padeció tanto "cuanto lengua mortal decir no pudo".

En alguno de vuestros estudios anhelabais por que la Academia emprendiera una labor seria y provechosa en favor de la pureza de la lengua. Os ha tocado ahora presenciara en nuestras sesiones semanales, en las que este Instituto se ha dado a la tarea de formar el Diccionario de provincialismos y el Refranero colombiano y a la de que aparezcan en el Diccionario español las palabras de uso frecuente entre los escritores cultos. Quizá en ninguna época se ha trabajado con mayor intensidad que ahora en esta Academia que, siguiendo la tradición que nos dejaron Andrés Bello y Rafael María Baralt, Miguel Antonio Caro y Rufino J. Cuervo, continúa la labor que se ha impuesto, en silencio y sin gajes.

Vuestros trabajos literarios se extienden a la apreciable e interesante obra "Una lengua y una raza", en la que la erudición y el buen sentido y el estilo y el propósito, dejan la más grata impresión. Revélase ahí el conocimiento adquirido de los períodos sonoros y rítmicos de que usaban los escritores del siglo de oro, en aquellas obras que hicieron de nuestra hermosa lengua la más alta expresión de la humanidad, ya en los arrebatos místicos de Santa Teresa, en la profunda psicología de Cervantes o en la asombrosa imaginación de Lope de Vega.

Habéis dicho con verdad que nuestra lengua "para ponerse al servicio de la ciencia se adelgaza; para la novela y el teatro, se ensancha; para la mística se enciende;

para la poesía se abriga; para la picaresca, tórnase alegre y juguetona”.

En la provincia aprendisteis a admirar a Miguel Antonio Caro en sus libros, en sus estudios, en sus discursos, en sus poesías. Se observa vuestra admiración cuando habláis de la oda a la estatua del Libertador y del soneto a la patria. En esa época aprendíamos de memoria, los estudiantes, esas magníficas obras literarias que con los “Colonos” de José Joaquín Ortiz, “La Luna” de Fallon, “Elvira Tracey”, “La Noche de Diciembre”, de Pombo, el “Manojito de hierba”, de Vergara y Vergara, y los cuadros de costumbres de Silva, de Guarín y de Groot, eran las lecturas favoritas en los colegios de Antioquia y en nuestros modestos hogares. Desde la capital, de la noble y acogedora Bogotá volvió la vista vuestra a la provincia, e hicisteis el estudio de la fundación de Manizales, de sus colonos y del paciente buey, fecundo en bienes, como factor interesantísimo en el desarrollo y en la riqueza de la ciudad del Ruiz y sus contornos. De Abejorral, de Salamina, de Marinilla y de La Ceja fueron descendiendo al extremo sur aquellos colonos con el hacha al hombro y, abatiendo las selvas, fundaron la ciudad y dejaron como herencia lo que sus descendientes han conservado con religioso respeto: el espíritu público, que constituye la página más gloriosa de su historia. Aquellos hombres blancos y fornidos que resultaban sobrios, serios y de pocas palabras como el antepasado vasco; esos otros, alegres y de lenguaje regocijado y pintoresco como el andaluz; y aquellos en que el cruzamiento entre castellanos y gallegos iba formando el ideal político del pueblo, y todos cristianos a macha-martillo, dirigiendo las recuas de sus bueyes, adquirieron riquezas y fundaron hogares de donde salieron muchos de los hombres dirigentes de Antioquia. El hacha del colono creó después los pueblos del Quindío y trajo a la vida a Manzanares, al Fresno, a Pereira y al Líbano.

De Sonsón a Victoria encuéntrase una hacienda rica en pastos y ganados. Años antes era una selva impenetrable y centenaria. Llegóse a ella el colono con diez peones hacheros, y antes de comenzar el desmonte y con el hacha en las manos, gritó: “a un lado culebras, tigres y

animales ponzoñosos, que aquí va un antioqueño con hambre”, y descargó el primer golpe. Y ese titán aun “vive, bebe y permuta”.

Los arrieros de Antioquia, más honestos y de mejor chiste que los de La Mancha, gente soez y de baja ralea, como decía Don Quijote de los yangüeses, si alguna vez hacían de galanes en ventas más limpias que aquella que el Caballero Andante tomó por Castillo, lo eran a la manera de aquel Felipe que describe Samuel Velásquez en el laureado y admirable cuento titulado “Madre”.

Pero al lado de trágicos sucesos como el que aconteció en los amores de Felipe, era de ver la alegría del arriero en las toldas, descargados los bueyes, prendido el fogón, hirviendo los frijoles y listo ya el delicioso bizcocho de maíz. Venían las anécdotas, sonaba el tiple, y aquí del Cancionero de la tierra:

Opulenta Manizales
que cerca del Ruiz nació,
cómo ha dejado en pañales
a Antioquia que el ser le dio.

Cuando el tiple y la vihuela
se acompañaban conmigo,
no había viuda que sintiera
la muerte de su marido.

Anoche dormí en l'arena
como en un colchón de lana;
¿quién tuvo la culpa de eso?
el aguardiente de caña.

Cinco cuerdas tiene un tiple,
cinco dedos tengo yo,
cinco sentidos tenía
la zamba que me olvidó.

Aquellos arrieros, muchos de ellos capitalistas hoy, héroes del trabajo y del ahorro, hijos de gentes laboriosas y sencillas, tuvieron su época, y la arriería, su literatura. Ponderativos, cuando al hablar de la recua de don Panta-

león González decían que era la mejor de todas, porque a sus bueyes se les cargaba con 10 arrobas de cacao en Cartago y se quedaban "lamiendo la cogedera". Avisados, como aquel que gritaba desde la colina a su compañero: "De qué mochila saco el chocolate para el desayuno, de la suya o de la mía?" "De la suya, que el viento no deja oír", contestó el hijo de David. Cuando se enriqueció aquel arriero de que habláis en vuestro artículo sobre "El Buey", con franqueza ruda como la de su raza dejó aquella frase soberbia y admirable sobre él y sus compañeros de arriería: "No somos sino peones sublevados". Sí. Sublevados contra la naturaleza bravía, contra el obstáculo, contra la fauna agresiva; pero vencedores al fin. Hijos y nietos de esos "peones sublevados" traducen hoy a Horacio, saben de Plinio y de Tácito, hablan la lengua de Goethe y las de Molière y Shakespeare, y han ido a ministerios y legaciones.

El arriero desapareció con los ferrocarriles, "esas arrugas en el rostro nacional", como los llamó un crítico de arte. El buey en la sabana de Bogotá y en otros lugares del país, si no hace el papel que en Antioquia hizo, sigue siendo el que cantó Carducci y tradujo Miguel Antonio Caro:

Ora, manso animal, inmóvil miras,
cual fijo bloque, el campo floreciente;
ora al pesado yugo das la frente,
y a la labor del hombre fiel conspiras.

El te aguija, él te punza, y tú a sus iras,
los ojos revolviendo mansamente,
respondes en silencio. ¡Oh buey paciente,
paz a un tiempo y vigor al alma inspiras!

Tu ancha, negra nariz, húmido aliento
exhala; tu mugir, ondeando lento,
por los serenos ámbitos se pierde.

Y en el glauco cristal de tu pupila,
grave y dulce, refléjase tranquila
la muda soledad del campo verde.

Peninsulares ilustres como don José María de Pereda

y don Miguel de Unamuno, y entre nosotros el distinguidísimo colega don Antonio Gómez Restrepo, para no citar sino autoridades indiscutibles en bellas letras, han considerado la literatura antioqueña como de carácter señaladamente regional. Y ésa es la verdad. Desde el "Cultivo del Maíz", de Gutiérrez González, "poema bellissimo que con gusto prohiaría Virgilio", según frase de Rufino José Cuervo, hasta las novelas sobre el laboreo de las minas, sobre la arriería, sobre las costumbres del pueblo antioqueño y, últimamente, sobre la industria del café, todo tiene un sello especial y peculiar de la raza. El novelista persigue y fija lo que a su alrededor encuentra de interesante en el alma de su propio pueblo, sin volar más allá de las montañas que lo circundan y abrigan. En "Frutos de mi tierra", en "La Marquesa de Yolombó" y en toda la extensa y admirable obra de Tomás Carrasquilla, en "Inocencia", de Francisco de Paula Rendón, en el "Zaratustra", de Efe Gómez, en "Sangre Conquistadora", de Botero Saldarriaga, en el "Señor Doctor", de Alfonso Castro y en otras de sus obras, en "Bobadas mías", de Arango Villegas, en "La mula", de Pedro Nel Ospina, en "David, hijo de Palestina", de José Restrepo Jaramillo, en "Madre", de Samuel Velásquez, en los "Sueños", de Suárez, en el "Cancionero", de Antonio José Restrepo, en la misma obra vuestra sobre los colonos de Manizales, y en otras más, se mueven y palpitan ejemplares propios de una región, como son propios de Santander de España "Sotileza y Lituca". Pero en esa literatura regional también se revela la pureza de la lengua. "El castellano que se habla, dice don Miguel de Unamuno, en ciertas regiones de Colombia, en Antioquia por ejemplo, nos muestra con más vigor la fisonomía propia de nuestro idioma".

Si es cierto que en "David, hijo de Palestina" abundan los más atrevidos conceptos, hay, sin embargo, descripciones magníficas, como ésta que se refiere a uno de los cafetales del sudoeste:

"A lo lejos, por los lados de **La Estrella**, brillaba una luz entre la noche creciente. Allá estaba la casa de don Rubén, y muy cerca la trilladora de café. Recordó las grandes plantaciones del fruto que, por manía imitativa, comenzaban a llamar **oro gris** en su pueblo, aludiendo a las pi-

rámides del grano seco —pergamino— que se amontonaban en los patios de las fincas. Por las llanuras, por colinas, por barrancos que descendían a los riachuelos, la planta alargaba sus ramas lustrosas y sus brazos cargados de racimos en las axilas de las hojas. Era exquisito meterse entre aquellos árboles susurrantes, frescos, que los altísimos carboneros sombreaban benéficamente. En tiempo de cosecha maduraba con el fruto el placer puro y desnudo de entrar por los túneles de las matas, jugar a escondidas con las compañeras y, de cuando en cuando, detenerse a oír la copla que allá abajo cantaba la campesina alegre, mientras llenaba de café el canasto atado a la cintura, esperando la respuesta del galán enamorado que allí cerca, encaramado sobre corta escalera, iba arrancando el grano de la cabeza chata y cuajada del árbol. El sol se cribaba entre las ramas del majestuoso carbonero y sobre la cabeza de hombres, mujeres y cafetos caía una lluvia dorada, inundación de áureas y móviles monedas que recordaban las que de muy lejos llegarían a comprar aquellos granos, aquel esfuerzo y aquellas coplas”.

En vuestro sesudo discurso habláis sobre el periodismo. Otras veces habíais tocado este mismo tema con el valor y el patriotismo de vuestro carácter. Como todo evoluciona y se trasforma, el periódico no es hoy el de los tiempos idos. Aquellos editoriales graves en que se exponían las doctrinas políticas y religiosas en conceptos profundos, que revelaban los más serios estudios, han pasado a la historia. Entonces había tiempo para la meditación, y el editorial aparecía casi perfecto en pensamiento y clásico en su forma. El diario, que responde a la agitación permanente y al movimiento continuo de la vida universal, apenas sí puede detenerse en uno que otro punto de interés científico y literario. Santiago y Felipe Pérez, Carlos Holguín y José María Samper, diéronle al periodismo colombiano los primeros impulsos en estilo movido, moderno y castizo. Años después, apareció aquel gran señor del periodismo que fue también de esta casa y que a diario regalaba al público con aquellos párrafos editoriales llenos de penetración, de agudeza de ingenio y de sutiles ironías. Ese cuya muerte lamentábamos ayer aquí y que llevó por nombre Guillermo Camacho Carrizosa.

Si es cierto que el periodismo en la hora actual desempeña un gran papel como conductor de los hombres y como juez de sentencias al parecer inapelables, también debe tenerse en cuenta que es grave error creer que los contemporáneos puedan ser los mejores jueces de los hombres del día. No. Un hombre es una ecuación, y no vale más ni menos porque lo quieran así unos u otros. El resultado final de una cantidad de energía química potencial, será una cantidad de energía química equivalente. Un gramo de grasa que éntre al organismo, desarrollará siempre nueve calorías. Una fuerza inicial determinada tiene su equivalente irremediable de energía vital, así como una virtud heroica, un talento aplicado a la producción, un esfuerzo cualquiera, se trasforman pero no se disipan. El éxito es siempre una trasformación de energías. Todo lo que no corresponda a estos principios, será de vida efímera como la efervescencia de los carbonatos. Por razones muy complejas hay en toda sociedad tendencias muy marcadas en ciertas personas a monopolizar el talento, la honradez y los méritos; pero las cosas no son como las desea la envidia o la autosugestión de seres ambiciosos, atacados del delirio de las grandezas. Esas son ilusiones de origen morboso de los que no tienen noticia de las leyes de la equivalencia. Quien haya aprendido a conocer las leyes biológicas, ni se exaspera ni se inquieta con la arbitrariedad y tumulto de las pasiones, y se mantiene siempre a prueba de sorpresas pueriles; todas las exacerbaciones sociales desaparecen por una ley natural, y no hay que dejarse arrastrar por las corrientes infecciosas que origina el **bacillus adjectivus** que cultivan las sociedades anónimas monopolistas, porque el trastorno del significado de las palabras y la confusión en los términos —que se caracterizan especialmente por la perversión del adjetivo— desaparecen como todo lo artificial y exótico.

Doctor Robledo: en nombre de mis colegas y en el mío propio, os doy los parabienes por vuestra entrada a la Academia Colombiana.